

La indigencia tras el yo: sobre la intemperie constitutiva de lo humano

Alejandro Sánchez Rivera ¹

Resumen:

Este artículo aborda la relación entre cuerpo y casa a partir del desvalimiento original del ser humano. Dado que la representación del yo —en el psicoanálisis— implica la construcción de un cuerpo protésico que compensa la fragilidad inicial, la casa aparece como su correlato material: un espacio habitable que resguarda, sostiene y prolonga al cuerpo. De aquí que la ciudad pueda entenderse como una envoltura ampliada, conjunto de capas que fortalecen a un sujeto necesitado de amparo. En contraste, la indigencia expone, en su cotidianidad más cruda, aquello que la casa oculta: la condición originaria de arrojo y la dependencia estructural de recubrimientos protectores. El indigente confronta la necesidad humana de resguardo y protección con la que construye sus lugares habitables. Desde esta tensión, el arte —y en particular la obra ParaSITE— permite visibilizar aquello que normalmente se oculta: la fragilidad estructural que define a lo humano.

Abstract:

This article examines the relationship between the body and the house through the lens of the human being's original helplessness. Since the representation of the ego —in psychoanalysis— entails the construction of a prosthetic body that compensates for this initial fragility, the house emerges as its material counterpart: a habitable space that shelters, supports, and extends the

¹ Alejandro Sánchez Rivera, Licenciado en Artes Visuales con énfasis en pintura por la Universidad Tecnológica de Pereira, Colombia, y Maestro en Arte, Decodificación y Análisis de la Imagen Visual por el Instituto Cultural Helénico, Ciudad de México. Su trayectoria abarca la práctica artística, la docencia y la investigación, con un enfoque en el cuerpo, el performance y la imagen en el arte moderno y contemporáneo. Email: sanriveale@gmail.com

body. From here, the city can be understood as an expanded envelope, a set of layers that fortify a subject in need of protection. In contrast, homelessness exposes, in its rawest everyday form, what the house conceals: the primordial condition of being thrown into the world and the structural dependence on protective coverings. The homeless person confronts the human need for shelter and protection through the ways in which they construct their habitable spaces. From this tension, art —and particularly the work ParaSITE— makes visible what is usually hidden: the structural fragility that defines the human.

Palabras clave: *Indigencia, intemperie, casa, yo, cuerpo*

Habitar la intemperie:

Pensar el yo en relación con la casa permite concebir a ambos como estructuras que delimitan un adentro y un afuera. El cuerpo, como “casa más próxima”, constituye la primera envoltura que habitamos y a través de la cual accedemos al mundo. Los ojos, figurados como ventanas, han sido tradicionalmente considerados un punto de acceso privilegiado al saber y al alma, lo que evidencia su papel en esa frontera entre interioridad y exterioridad. El cuerpo no sólo media simbólicamente con el entorno, sino que también nos vincula materialmente con él, exigiendo protección, cuidado y “vestiduras” que prolonguen su función defensiva. Desde esta perspectiva, pensar la casa como una extensión y fortificación del yo implica comprenderla como un envoltorio psíquico adicional que amplía la protección que ofrece el cuerpo: así como la piel resguarda la integridad del sujeto, la casa instituye un borde entre la vida íntima y el mundo, operando como escudo, refugio y proyección material de la identidad.

Didier Anzieu propone el yo-piel como una función psíquica que emerge de la experiencia de la piel como frontera protectora: una envoltura que contiene, sostiene y da coherencia al yo. “El yo-piel aparece (...) como un concepto operatorio que precisa el apoyo del Yo en la piel e implica una homología entre las funciones del Yo y las de nuestra envoltura corporal (limitar, contener, proteger)” (Anzieu, 2003, p. 14). La piel —y luego su equivalente mental— permite sentir un adentro

unificado y un afuera diferenciable, garantizando la continuidad del sujeto. El yo-piel señala, así, que nuestra relación con la realidad se organiza a partir de esta experiencia corporal del límite. Cuando dicha envoltura falla o se ve vulnerada, el yo queda expuesto, fragilizado y permeable a un exterior que ya no puede regular.

Desde esta perspectiva, si afirmamos que el yo opera como una envoltura que da consistencia al sujeto, también podemos observar que resulta consabidamente humano generar distintas formas de recubrimiento y protección. Ropa, refugios y espacios habitados funcionan como barreras que preservan aquello que consideramos interior, prolongando simbólicamente la función contenedora del yo.

Si entendemos que el yo necesita sostenerse en envolturas simbólicas y materiales para preservar su continuidad, es importante observar lo que ocurre cuando dichas capas se reducen, se fracturan o desaparecen. La indigencia expone una situación límite en la que los dispositivos que resguardan y estructuran la experiencia humana —la casa, la ropa, el espacio propio— se ven debilitados o anulados. Esta condición extrema permite interrogar la dependencia del sujeto respecto de esas envolturas y la vulnerabilidad esencial que se manifiesta cuando dejan de operar.

¿Qué revela la figura del indigente sobre la necesidad humana de envolturas -corporales, psíquicas y materiales- y sobre aquello que permanece oculto cuando la casa funciona como resguardo simbólico del yo?

En el prólogo escrito por Carolina Sanín para una publicación de Temblores ONG, la autora subraya la indigencia como un estado que no sólo expone una realidad social marcada por la exclusión, sino que también abre un espacio reflexivo para pensar qué ocurre cuando las envolturas que habitualmente resguardan al sujeto —tanto en lo físico como en lo visible— fallan o desaparecen. Esta vertiente reflexiva resulta especialmente pertinente para articular, desde una perspectiva psicoanalítica, la pregunta por la vulnerabilidad fundamental del yo cuando se ve despojado de aquello que asegura su continuidad.

Sanin inicia su escrito con la frase “Yo tengo un cuerpo adicional a mi cuerpo: mi casa, que cubre mi carne.” (2019, p. 15) Esta afirmación invita a reconsiderar el vínculo entre lo humano y sus prolongaciones materiales. El cuerpo no se agota en la carne: se expande en los muros, en el techo, en las habitaciones que ocupamos. Quien tiene casa posee, en cierto modo, una doble corporalidad. Pero en esa duplicación no hay solo resguardo, también hay ocultamiento: volver a la casa es salir de la escena del espacio público; es acceder a una intimidad doméstica fuera de vista.

En contraste, quien vive en la calle encarna lo opuesto: un cuerpo radicalmente expuesto, abierto a la mirada pública y a la intemperie. A propósito de esto, Sanin menciona que “Volver a una casa no es solo poder guarecerse, sino también poder ocultarse. Quienes no vivimos en la calle somos intermitentes: visibles e invisibles, salidos al mundo y todavía nonatos, ajenos a él.” (2019, p. 14) El indigente no puede ocultarse tras paredes; su vida transcurre bajo el sol, bajo el cielo, en una relación inmediata con lo visible. Esa exposición, que resulta incomoda, nos confronta con la verdad de nuestra condición: que la casa no es un derecho natural, sino un artificio; que lo humano se sostiene en recubrimientos que disfrazan su precariedad originaria. Esta precariedad originaria remite a la tesis biológica formulada por Louis Bolk, para quien la especie humana se caracteriza por una inmadurez constitutiva y prolongada. Esta idea, que llamó la atención de psicoanalistas como Lacan, será retomada más adelante para profundizar en la dependencia estructural del sujeto respecto de sus envolturas protectoras.

Desde su propia orilla, Maurice Merleau-Ponty aporta una comprensión fundamental sobre la vulnerabilidad de lo humano a partir de su concepción del cuerpo. Para él, el cuerpo no es un objeto cerrado, sino una apertura al mundo, una carne que siente y se entrelaza con lo que la rodea. Según él, las aproximaciones al cuerpo deberían considerarlo “no ya como un objeto del mundo, sino como medio de nuestra comunicación con él” y al mundo, “no ya como suma de objetos determinados, sino como horizonte latente de nuestra experiencia” (Merleau-Ponty, 1986, p. 110) Desde esta perspectiva, la vulnerabilidad es inherente a toda

existencia corporal. Sin embargo, el cuerpo del indigente lo es en una medida extrema, porque carece de amortiguadores estéticos²: no hay abrigo que lo proteja, no hay ergonomía que lo acomode, no hay colchón que lo aisle de la dureza del suelo. Su cuerpo se entrega al roce directo con el mundo. En este sentido, es la revelación de lo que todos compartimos: la exposición constitutiva de la carne al dolor.

Louis Bolk, en su teoría de la fetalización, sostiene que el humano nace inmaduro, incapaz de valerse por sí mismo. Según este anatomista holandés, la especie humana deriva de la conservación de rasgos fetales del primate, lo que funda una vulnerabilidad corporal originaria que da paso a la necesidad del ámbito social: “¿Acaso no debemos ver en el largo periodo durante el cual el niño es alimentado y protegido por sus padres, la causa esencial de la formación de la familia, elemento fundamental de toda sociedad humana?” (Bolk, 1975, p. 21)

Nótese que, a diferencia de otros animales, que nacen desarrollados biológicamente y equipados para enfrentar el mundo, el humano nace incompleto, dependiente y expuesto, obligado a apoyarse en envolturas materiales y simbólicas para poder sostenerse en su existencia. Nuestra especie, a diferencia de otras, está destinada a la prolongación de la infancia en su dependencia al otro; necesitamos recubrimientos constantes para sobrevivir. Casas, ropa, instituciones: son prolongaciones técnicas de un cuerpo insuficiente.

Lacan referencia teorías biológicas de la prematuración para justificar la importancia de la adquisición de una representación yoica como totalidad, la cual, es ortopédica respecto al desvalimiento corporal original. Esta representación subyace a la creencia de la adaptación del yo al medio que habita, pero que, sin embargo, está fracasada realmente en el trasfondo. “Es que la forma total del cuerpo, gracias a la cual el sujeto se adelanta en un espejismo a la maduración de

² Uso el término “estético” en un sentido amplio y cercano a su raíz etimológica —aisthesis—, entendido como experiencia sensible y corporal. “Amortiguadores estéticos” alude, por tanto, a dispositivos materiales que modulan la relación sensorial del cuerpo con el entorno (abrigo, cama, ergonomía), y no a lo estético en su acepción restringida a lo artístico o lo ornamental.

su poder, no le es dada sino como Gestalt, es decir, en una exterioridad donde sin duda esa forma es más constituyente que constituida (...) Simboliza la permanencia mental del yo“(Lacan, 2016, pp. 100-101).

Si seguimos este razonamiento, el indigente se nos muestra no como anomalía, sino como recordatorio. Su intemperie radical muestra lo que somos: seres inmaduros que disimulan su fragilidad bajo capas de artificio. Allí donde falta la máscara, se desnuda la condición común. La crudeza de esta exposición contrasta con la vieja aspiración humana a pensarse completo y autosuficiente, una aspiración que, sin embargo, una lectura menos transitada dentro de la tradición filosófica ha problematizado y que conviene recuperar aquí.

Esta incompletitud constitutiva de lo humano no es un hallazgo reciente. Puede rastrearse en la historia del pensamiento: Pico della Mirandola en su *Oratio de hominis dignitate* —considerado por muchos como el “manifiesto del Renacimiento” —ya había advertido que el ser humano no tiene un lugar fijo en la escala de los seres. A diferencia de los animales y los ángeles, que poseen una naturaleza predeterminada, el hombre debe construirse a sí mismo, decidir en qué quiere convertirse. El humano debe moldear su rostro, sin embargo, este demuestra su naturaleza inestable y mutable que siempre está diluyéndose y reconfigurándose. Como señala Giorgio Agamben al leer este pasaje de Mirandola: “El descubrimiento humanístico del hombre es el descubrimiento de ese faltarse a sí mismo “(2010, p. 44).

En el indigente, arrojado al espacio abierto, esta condición aparece de modo crudo: su vida no se pliega al reloj de las ocupaciones, no regresa a un refugio que lo aísle y lo reponga cada noche. Su existencia discurre en un tiempo inmediato, sin la seguridad del ciclo casa–trabajo. Allí hay, quizás, una forma de desnudez radical: la de un cuerpo que queda sustraído de las máscaras que sostienen la ficción de estabilidad en lo humano. El psicoanálisis, al interrogar esas máscaras, revela un vacío fundamental que atraviesa la constitución del sujeto: la humanidad es móvil e inestable porque no puede dar cuenta de ella misma, y si pretende hacerlo, es a

consecuencia de la exclusión de aquello que continuamente impide la realización del individuo como algo acabado.

Sanín nos propone ver en el habitante de la calle no un objeto de lástima, sino un sujeto de respeto, incluso de admiración. Quizás —y esto puede resultar incómodo— la indigencia no siempre sea simple desgracia. A veces puede ser también una decisión, una manera de vivir sin el disimulo de las mediaciones. En ese sentido, el indigente puede haber aprendido algo que nosotros no: que la intemperie es constitutiva y que las casas son apenas aplazamientos.

El diseño de la exclusión:

Volvamos ahora a la metáfora de la casa como cuerpo y del cuerpo como casa. Este entrelazamiento nos conduce al terreno del habitar, y allí el arte y el diseño se vuelven interlocutores necesarios. No se trata de un salto forzado, sino de reconocer que, si el cuerpo es casa, entonces las casas son también cuerpos colectivos que revelan cómo una sociedad trata a los suyos. En este cruce aparece la obra *ParaSITE*³ (1989) de Michael Rakowitz. Sus dispositivos de vivienda inflable, elaborados con materiales livianos, se adhieren a los sistemas de ventilación de los edificios y aprovechan el aire caliente que estos expulsan para generar calor en el interior. Se trata de refugios móviles destinados a indigentes, que convierten en sustento lo que la ciudad desecha. Y si aceptamos esta equivalencia entre cuerpos y ciudades, entonces la figura del indigente aparece como aquello que la ciudad expulsa para sostener su propia imagen. En ese sentido, el indigente queda asociado a lo desechado: no porque su vida carezca de valor, sino porque encarna aquello que la ciudad —y también el cuerpo social— prefiere no ver. Esta asociación resulta especialmente elocuente si recordamos que, para el psicoanálisis, la representación del desecho permite al sujeto entrever su propio ser precario, aquello que permanece cuando las imágenes ideales se deshacen.

³ El título *ParaSITE* juega con una doble lectura: remite al término “parásito”, pero también separa gráficamente *Para* y *Site*, sugiriendo un “para-lugar”, un espacio suplementario o adyacente al lugar oficial. Esta ambigüedad nombra la posición liminar del dispositivo: un refugio que se injerta en la infraestructura urbana y crea un mínimo espacio habitable allí donde la ciudad no lo prevé.



Figura 1
Refugio inflable ParaSITE (proyecto de Michael Rakowitz)⁴



Figura 2
Refugio inflable ParaSITE (proyecto de Michael Rakowitz)

⁴ Reproducido de *ParaSITE*, por M. Rakowitz (s. f.), en *Hidden Architecture*. [Hidden Architecture » ParaSITE - Hidden Architecture](#)



Figura 3
Refugio inflable ParaSITE (proyecto de Michael Rakowitz)

En ParaSITE se produce un desplazamiento interesante: aquello que, en un primer vistazo, podría parecer parasitismo —aprovechar el aire expulsado por los edificios— se convierte más bien en una forma de comensalismo urbano. El indigente no roba ni amenaza; participa de un ecosistema donde los excedentes de la ciudad —aire caliente, materiales descartados— se integran en un ciclo vital inesperado. Frente al “diseño hostil” que expulsa los cuerpos indeseados mediante bancas inclinadas o picos metálicos, Rakowitz propone un diseño que reconoce la vulnerabilidad y la acoge, haciendo visible la dependencia mutua. Y si, como decía Bolk, el ser humano necesita siempre de recubrimientos, ParaSITE muestra que incluso esos recubrimientos pueden construirse a partir del residuo, del exceso constante que produce una sociedad que desperdicia sin cesar.

Este tránsito nos devuelve a la reflexión inicial: la casa como máscara y el indigente como revelación. ¿Qué nos enseña, entonces, el habitante de la calle sobre nuestra propia condición? Tal vez que somos más frágiles de lo que creemos, que la errancia es destino común y que toda casa es provisional. Y tal vez también

que, en su radical visibilidad, el indigente nos muestra algo que solemos olvidar: que la vida humana no se agota en la protección, sino que también se expone, se arriesga, se enfrenta al mundo sin aislantes.

Incluso la muerte puede pensarse en este registro. Cuando alguien muere, no solo su cuerpo queda expuesto al mundo; también su intimidad, sus secretos, sus archivos, todo aquello que la casa había resguardado, pasa a la intemperie. En ese sentido, la muerte nos iguala al indigente: nos deja desnudos bajo el sol, sin la protección de la privacidad, en un desamparo que ya no admite máscaras.

Quizás por eso conviene escuchar lo que la indigencia nos dice. No se trata de romantizarla ni de negarle su crudeza, pero sí de reconocer que en ella se cifra una verdad sobre lo humano: que necesitamos casa, pero que ninguna casa nos pertenece de modo definitivo; que anhelamos cobijo, pero que el nacimiento nos arrojó para siempre a la intemperie; que diseñamos refugios, pero que estos nunca resuelven del todo la vulnerabilidad de la carne. Quizá allí radique una dignidad común: en reconocer que todos habitamos la fragilidad, y que toda vida humana, en última instancia, se sostiene en esa exposición inevitable al mundo.

Conclusión:

La reflexión desarrollada permite comprender que el cuerpo humano —en tanto soporte del yo— funciona como una primera respuesta frente a la exposición originaria, pero se revela pronto insuficiente. De ahí la necesidad de envolturas adicionales: la familia, la casa, la ciudad, todas ellas concebibles como prótesis que prolongan y refuerzan una defensa siempre frágil. En este marco, la figura del indigente resulta especialmente reveladora, pues hace visible aquello que las envolturas protectoras tienden a ocultar: la intemperie constitutiva del ser humano, su condición de desvalimiento estructural.

Si la representación del cuerpo opera como una defensa frente a la vulnerabilidad, la indigencia expone el límite de esas defensas y recuerda que ninguna envoltura asegura una protección plena. Desde el psicoanálisis, esta exposición radical cuestiona la consistencia de las imágenes yoicas: desestabiliza

la idea del cuerpo como soporte ideal, lo desdibuja en su pretendida unidad y deja al descubierto la falta fundamental que lo atraviesa. Lo inconsciente participa de esta operación de revelación, mostrando que el sujeto se sostiene siempre en una deriva, en un desplazamiento continuo que desmiente toda ilusión de arraigo permanente.

Así, el habitante de la calle no solo evidencia la pérdida de un hogar, sino que lo humano está atravesado por un desamparo que ninguna arquitectura — material o simbólica— puede resolver por completo. Reconocer esta fragilidad compartida permite comprender la indigencia no como excepción, sino como recordatorio de aquello que constituye al hombre desde su inicio: una existencia sometida a la intemperie, sostenida apenas por las prótesis con las que intenta, siempre sin garantía, construirse un lugar en el mundo.

Referencias bibliográficas:

- Anzieu, D. (2003). *El yo-piel*. Biblioteca Nueva.
- Agamben, G. (2010). *Lo abierto: El hombre y el animal*. Editorial Pre-Textos.
- Bolk, L. (1971). La génesis del hombre. En R. Alonso (Ed.), *La nueva imagen del hombre* (pp. 9–33). Rodolfo Alonso Editor.
- Lacan, J. (2016). *Escritos 1*. Siglo XXI Editores.
- Merleau-Ponty, M. (1985). *Fenomenología de la percepción*. Origen/Planeta.
- Sanín Paz, C. (2019). *La persona nacida* [Prólogo]. En *Algo huele mal*. Temblores ONG; Friedrich-Ebert-Stiftung.

Imágenes:

- Rakowitz, M. (1998). *ParaSITE* [Fotografías de obra]. Michael Rakowitz.
<http://www.michaelrakowitz.com/parasite>